Novela - Steampunk Fantasía - La Sombra del Leviatán

Sergio Martínez Medina

Capítulo 1

Prólogo: Hijos del Trueno

Saturno 29, Ciclo 1857, Ashbury

En la taberna Solomon Doone

— ¡Largo de aquí, Ahab! — El orco apuntaba justo a la cabeza del marinero, esperando que el disparo no llenara de sangre la mesa donde el aludido se encontraba sentado, bebiendo una cerveza. — ¡Y llévate tu dinero! — El tal Ahab dio un trago más, el orco amartilló el revólver, el hombre se levantó tranquilamente, se colocó su sombrero de copa, guantes, gafas de protección, tomó su bastón y salió. Pasaron unos segundos tensos, en los que Mugol Gal'loth siguió apuntando hacia la entrada de la taberna, inhaló profundamente, descargó la pistola y suspiró de alivio. Sabía que Ahab no se iría así nada más, pero el peligro inmediato había pasado. Daban apenas las diez de la noche, pero las nubes que se arremolinaban sobre la ciudad espantaban incluso a sus clientes más asiduos, y sólo el grupo de imbéciles que llegó con el marinero se atrevió a desafiar a la amenaza de tormenta; al menos, hasta que comenzó a caer la lluvia más ligera hacía un rato. Casi todos se fueron, menos Ahab, un par de enanos que iban con él, y un troll. Miserable sabandija, pensó. Desde la primera vez que lo vio, Ahab le había dado mala espina. Era de esos lobos de mar, casi todos medios orcos, que iban de puerto en puerto y de taberna en taberna, haciéndose de una fama deplorable y bebiendo toneles de cerveza a su paso. Aunque no le incomodaba las primeras veces que lo vio, eso cambió cuando se dio cuenta de que estaba intentando seducir a su hija, y estaba claro que no era uno más de los comensales y borrachos que se juntaban en la Solomon Doone. Pese a sus advertencias, su hija lo ignoró y terminó teniendo dos hijos suyos, Edmund primero y luego Edward.

La taberna era un viejo vagón de tren que él y su esposa Na'gar, habían adaptado como bar en 1820 y que, con el paso de los ciclos, se fue llenando de piezas de un mundo que iba cambiando, se expandió con varios vagones más y con engranes que permitían mover mesas y reacomodar toda la estancia de manera rápida y eficiente. El ancla que colgaron del techo como candelabro se las había regalado uno de tantos marineros, y más de un timón enmohecido se usaba como mesa en la Solomon Doone; nombre que antes perteneció al brujo que les regaló el

primer vagón. La entrada era un amplio portón que sustituyó pronto a las puertas de madera de vaivén que poseía anteriormente, y una cerradura de metal trababa las puertas no sólo de arriba hacia abajo, sino también de un lado hacia otro, y cada una de las dos láminas que formaban la puerta tenía una puertecita para ver quién andaba afuera. Justo después estaban las mesas, una colección de quince timones barnizados y ajustados con vidrio y madera. Los asientos fueron llegando poco a poco, piezas de trenes inservibles o barriles que ya no servían para los barcos; en total, podrían tener hasta sesenta personas a pie dentro de la taberna, y en las mejores noches, Mug recordaba haber contado cerca del centenar. Carraspeó, escupió la flema en el tarro de cerveza de Ahab, y cerró la puerta. Avanzó hasta la barra; detrás de ésta había una cocina donde preparaban platillos de wargo, ballena, tiburón y delfín, y a veces, cuando los trolls se portaban generosos, también tenían filetes de mamut entre sus haberes. Del lado izquierdo había una escalinata de madera de Kemet, los árboles negros del bosque de los elfos, y ésta llevaba a un cuarto que se había transformado en su hogar desde hacía casi treinta ciclos. Al principio, su esposa y él querían mantener el negocio y la familia aparte, pero al final les resultó más práctico quedarse a vivir ahí y adoptar a Alexei para que los ayudara.

Ya se fue el bastardo — dijo sin mucha ceremonia y se sentó en la mesa del centro del salón. Detrás de las cortinas apareció su esposa, seguida del muchacho humano que les ayudaba a hacer el quehacer.
¿Qué quería? — preguntó Na’gar, en un tono que Mug sabía era más bien reclamo.
A su hijo.
¿Sólo a uno?
Ni siquiera sabe de Edward.
Dile que se los lleve a los dos.
No seas idiota. Esos niños se quedan aquí. — Supo que su tono no le había agradado nada a su mujer sólo con ver cómo se entreabría su boca, y asumió que debía explicarse. — No serán orcos puros, pero a ella…
Lo sé. — dijo Na’gar. Hubo un instante de silencio, en el que ella jaló un banco de metal y se sentó al lado de su esposo.
Lo siento, Gar. Es sólo que la taberna y el mar y los barcos… y ahora son dos niños. Todo sería más fácil si su madre estuviera aquí.
Llorarla no nos sirve de nada, Mug. Yo también la quería, pero está muerta y no podemos hacer nada.
Mira — dijo Mugol — ¿Por qué no te quedas tú a atender la taberna? Habrá tormenta pronto y no creo que nadie venga, pero nunca falta. Yo iré con el bebé.
Se acaba de dormir.
Llámame si necesitas algo, ¿de acuerdo? Dejé el arma en la barra. No creo que la necesites, pero ahí está. ¡Alexei! — añadió — Esta noche llueve, quédate a dormir con nosotros, mañana te vas al Jabalí Rampante. Te encargo que limpies el cuarto de ella. — El mozalbete salió corriendo

de la cocina y subió a las habitaciones mucho antes que él.

Dejó atrás el comedor, pasó la barra y comenzó a subir. La tarde había sido agitada, no más de lo normal y, aun así, Mugol se sentía cansado. Todo es por ese imbécil de Ahab, pensó. Pero también es mi culpa. No supe defenderla. Perdí a mi hija, y aunque ahora tengo dos nietos, nada me la va a devolver. Fui un mal padre. Abrió la puerta de la recámara de su hija Mag'kar, donde estaban los niños. Pasó la mano sobre las cunas de madera de roble, donde ambos bebés dormían en calma. Edmund había nacido apenas hacía ciclo y medio, en el 55, y Edward acababa de nacer la noche anterior. El tenue resplandor de la lámpara eléctrica y el zumbido de los cables parecían haberlos arrullado. Un nacimiento y una muerte. Sentía algo de odio, pero no realmente; no fue el bebé, sino el papá. El único que merecía morir era el maldito Ahab. Los Guardianes deben tener grandes planes para él; nadie más sobrevivió al Essex. Sobre la mesita, que usó su hija por última vez unas horas atrás, estaban todas las cartas que había recibido de Ahab, y que ella misma le pidió que quemara. Sería más fácil si tuviéramos una chimenea, y no necesitaríamos tantas malditas cobijas. Salió del cuarto con las cartas en la mano, se asomó a la recámara de Alexei y vio que dormía, llegó a la estancia donde compartía la cama con su esposa desde hacía ya más de dos décadas, abrió la ventana y las arrojó. La brisa ligera de esa noche estaba cargada con gotas minúsculas, un anuncio de las tormentas invernales que vendrían tarde o temprano. Después de todo, era Saturno. Pronto vendrá la Estación del Agua, las posadas se llenarán de viajeros y los barcos estarán estancados en los puertos. Es bueno para el negocio, pero uno se harta de las mismas caras siempre. Llegamos aquí porque decían que Ashbury era un pueblo cálido en medio del Mare Nostrum, pero resultó ser una isla gris, chica, con poca gente e inservible. Creo que sólo está Brasscore, y es todo. Una luz apareció en la distancia, cerca de las torres de dirigibles que se habían levantado por todo Hiva. Un viajero que acaba de llegar. Lo único que le agradaba de Ashbury era que nada pasaba sin que otros se enteraran. Aún con los dirigibles, nada pasaba desapercibido. Era viejo, y quizás era esa misma vejez la que le hacía ver los cambios con más claridad. Todo era más mecánico, más aceitoso pensaba él, y tan perdido estaba en sus pensamientos que apenas escuchó los golpes. El bebé lloró y él volvió a la realidad. Escuchó la poderosa voz de un borracho, un grito, un par de balazos. Bajó los escalones de tres en tres. Na'gar yacía en el suelo con una flor de sangre brotándole en el pecho, la cerradura de la taberna reventada y la pesada puerta abierta de par en par. La había abierto un troll. El desgraciado trajo un troll.

Le di, Mug. — dijo la mujer cuando vio acercarse a su marido. — No lo maté, pero cojeará el resto de su vida. — Un relámpago iluminó la sala, y

Mug juraría el resto de su vida que la vio sonreír.
¡Espera! ¡Espera! ¡No te puedes ir así! — Corrió de una mesa a otra, buscando algo con lo que contener la hemorragia. Empapó un trapo con ron y lo puso en el pecho de su esposa. — No tú. No ahora. — Las lágrimas empezaron a correr por su mejilla. — No te vayas. — dijo una vez más. La sangre bañó la mano que sostenía el trapo.
Cuídalos, Mug. Serás un buen abuelo.
¡Espera, iré por los gnomos! ¡Ellos te pueden curar!
No. No vas a llegar, y no puedes dejarlos solos. — Inhaló, pero era evidente que la herida la estaba desgarrando por dentro. — Mejor quédate aquí.
¿Y nuestro viaje a Londres? ¿Y la visita a Enyai-Narok?
Siempre iré contigo, Mug. — Hizo una pausa. Afuera tronaban ya los primeros relámpagos y los bebés lloraban cada vez más fuerte. — Ve, te necesitan.
No te vayas. — Mug presionó más fuerte aún el pecho de Na'gar. — No te vayas, no te vayas, no te vayas.

La tormenta de afuera repitió la súplica de Mugol Gal'loth en cada una de sus gotas; el ruego del viejo orco se elevó una y otra vez al cielo hasta que perdió sentido. No supo a qué hora se quedó dormido, pero cuando despertó, hacía mucho que su esposa había muerto.

Capítulo 2

1. Cuernos de Guerra

Plutón 13, Ciclo 1867, Ashbury

A los alrededores de la taberna Solomon Doone

Edward despertó temprano. Esa tarde iría a jugar con Edmund a los astilleros. El sol saldría hasta las ocho de la mañana —así era siempre durante la Estación del Agua— pero eso quería decir que tenía algunas horas para pasear entre los barcos amarrados en el puerto, que quedaba a apenas unos minutos al sur de la taberna, y que encontraría a los marineros subiendo y bajando maderas, mercancías y suministros para los viajes. Se había aprendido ya los ciclos de navegación: en la Estación del Agua se recargaban los navíos, la gente descansaba, y las festividades del Ciclo Nuevo tomaban lugar a fines de Urano. Luego, con la llegada de la Estación de la Tierra, cuando los hielos del norte comenzaban a derretirse, los barcos partían y semejaban los rebaños de ballenas que había visto desde que tenía memoria; a veces, algunos barcos del sur de Thule llegaban para aprovisionarse. Esos eran los que más le gustaban. Los gnomos bajaban cargados de máquinas y se iban con contenedores de dinero; era mucho más raro ver las naves de los trolls, ya que la mayoría de Thule estaba vetado del comercio con Hiva desde la Guerra de las Cuarenta Islas, una batalla que duró diez ciclos y que terminó en 1855, justo cuando nació tu hermano, le decía el abuelo. Se rumoraba que los enanos habían quedado resentidos con el resto de Úrim porque permitieron que los trolls bombardearan Skølsgarde durante meses a pesar de que habían sido ellos quienes proveyeron la mayoría de armas y cañones para las flotas de Hiva y Úrim. Su abuelo le contaba sobre los destructores y los duelos de galeras, de cómo las astillas saltaban por todos lados y de las peleas por honor en altamar. Todo suena mejor de lo que era, muchacho, le recordaba, como para no hacerle ilusiones, pero no podía evitar emocionarse al ver a los gigantescos trolls moviendo todo el peso del mundo en sus hombros como si apenas les costara trabajo. Más de una vez había escuchado que construir una ciudad en una isla como Willowghsby, que estaba constantemente rodeada de hielo era una tontería; no había islas ni corales que los protegieran de huracanes o tormentas, pero precisamente era por el hielo, le decía su abuelo, que

muy pocas veces tenían que preocuparse por cualquier otra cosa.

Esa mañana llegó al hangar de carga del ballenero troll Omeberé con una hora de ventaja al sol. Había intentado despertar a Edmund, pero su hermano, que se había quedado la noche anterior ayudando a Alexei a lavar los platos y a barrer y trapear la Solomon Doone, no pudo seguirlo. Daba igual. Lo que sí le importó fue el olor a podrido que llegaba desde las bodegas del barco, pero era la única entrada que había, y los trolls no tardarían en irse a dormir y sellar todo. El que no entre es un cobarde, le dijo la voz de Edmund, y se metió corriendo al ballenero, que estaba mucho más oscuro de lo que esperaba. El hedor de a bordo lo hizo vomitar dos veces; avanzó hasta el fondo de la bodega, vomitó una tercera vez y las arcadas casi lo desmayan. Tropezó varias veces, hasta que se acostumbró a las sombras. Atravesó la enorme puerta de madera de boonei y escuchó a los trolls riendo y lanzándose cerveza en el comedor. Su abuelo le había dicho que los trolls escuchaban mejor que cualquier creatura en el mundo, así que caminó de puntas hasta que logró llegar a la escalera que conducía a los camarotes superiores. Sabía que los trolls usaban sólo un tipo de arma: grande. Desde cañones hasta mazas con cabezas de acero galnárico puro, y con una altura de poco más de cuatro metros, además de una capacidad casi milagrosa de curar heridas que nadie más sobreviviría, los trolls parecían adaptados a la guerra y al mar más que cualquier otra raza de Úrim, y sus barcos parecían presumirlo. Mientras que los barcos de los hombres poseían un equilibrio sano entre ventana y cañón, las barcazas de los trolls estaban forradas de armas, y apenas poseían apertura alguna. Son más oscuros que una cueva, pensó Edward, pero tal vez es por lo que dice el abuelo, que se hacen de piedra si les da el sol. Recorrió los muros con las manos, se dio cuenta de que los trolls usaban mucha grasa para evitar que el agua entrara entre los poros de los troncos, y dio con una puerta, quizá la habitación de uno de los tripulantes. Puso su mano derecha sobre la orilla del marco, dio un paso largo para ver si llegaba hasta el otro extremo de la puerta y, a pesar de estirarse tanto como pudo, se dio cuenta de que las puertas de los trolls eran muy anchas. Regresó a la posición original y exploró contando los pasos. Fueron doce de lado a lado de la puerta, ochenta hasta el otro lado del corredor, y sólo cincuenta antes de encontrar la siguiente escalera, que se le reveló con un poco de luz. Aquellas escotillas debían estar clavadas al marco, pensó, porque empujó con todas sus fuerzas y no cedieron. Si me quemara el sol, también yo las cerraría. No sabía si era la oscuridad, o si eran las palabras del abuelo Mug, pero de pronto recordó que le habían dicho que los trolls despellejaban vivos a los polizones. Regresó por donde vino, alcanzó la escalera y bajó otra vez a la bodega. Esperó a que pasaran los trolls (le pareció que buscaban algo, porque podía escuchar como que olisqueaban) y se metió entre las cajas de ahí. El olor a muerto de las ballenas impregnaba cada rincón y cada cuerda, y sería difícil que lo encontraran;

lo seguían, estaba seguro de eso, y no podía arriesgarse a que lo vieran ahí. El olor acre se metía aún entre los pliegues de la ropa que cubrían su nariz y volvió a vomitar; esta vez, sintió como si una navaja saliera desde su estómago hacia afuera. Los últimos trolls pasaron, Edward salió corriendo del Omeberé y se metió a la taberna cuando apenas empezaba a despuntar el día.

¿En dónde te metiste, muchacho? — fue lo primero que le preguntó su abuelo. El viejo orco ni siquiera volteó a verlo. Estaba ocupado cortando los filetes de tiburón que servirían aquella noche entre su hermano y él; le gustaba mucho que no hiciera distinciones entre él y su hermano. Mientras que Edmund tenía las facciones delicadas de los hombres, él había heredado el rostro tosco y pesado de su madre, una orca a la que nunca conoció, y que el abuelo jamás mencionaba.
En… en ningún lado.
Hueles como un montón de peces rancios, hijo. No me mientas. — Mug dejó el cuchillo a un lado, se limpió las manos en el overol que traía puesto, y se acercó a Ed. — Vamos, sé que fuiste a algún lado. — Se puso de cuclillas y le puso una mano en el hombro. Aunque Edward sabía que no le haría nada, no pudo evitar sentir la presión de los dedos del orco.
Pues… — El orco lo miraba casi divertido, y Edward sabía que era mejor decirle la verdad. — Fui a jugar en los barcos del puerto. Había uno abierto y me metí.
Ah, es eso. — Mug relajó la presión y se levantó. — Bueno, no fue tan difícil, ¿verdad? — Te veo en la cocina, hay mucho que hacer. — El orco se dio la vuelta y estaba por dejarlo cuando Edward habló otra vez.
Era un barco troll, abuelo. — El anciano se quedó quieto. — Pero me les escapé. ¡Son muy oscuros!
El Omeberé.
No me fijé en el nombre, papá. — Edmund y él lo llamaban papá cuando sabían que habían hecho algo malo, aunque no alcanzaba a entender aún qué era.
Tuviste suerte, Edward. — Algo había pasado con el abuelo. Su tono, de pronto, se había vuelto glacial. — Es el barco de Tayé y Dayo. — El viejo volteó, y Edward pudo ver que no sólo sus palabras, sino también su rostro, se habían vuelto de piedra. Tomó un tarro del almacén y se acercó a él. — No quiero que vuelvas a salir hasta que llegue la Estación de la Tierra, ¿Entendido?
Pero…
¡Pero nada! — explotó — ¡Pudieron haberte matado! ¿Crees que me hace muy feliz tenerte aquí todo el día, sabiendo que podrías vivir allá afuera? No, Ed, la gente de la taberna es una cosa. Esos bárbaros del sur… El peor de todos ellos es Ahab. Él mató a tu madre. — Se sentó en un barril que había cerca, se sirvió una buena cantidad de alcohol y habló.

“Hace no mucho, cuando la Guerra de las Cuarenta Islas estaba en su máximo esplendor, el Omeberé era capitaneado por un tal Dayo del clan Atai. Él y su hermano Tayé participaron en muchas de las peleas del Gran Mar Océano, y se dice que las aguas a las que se aproximaban retrocedían para dejarlos pasar; tanto o más era el terror que inspiraban. Sin embargo, la Punta del Sol, una de las naves más pequeñas del continente, logró abrirse paso entre la flota de los trolls e incendió varios barcos, entre ellos el Omeberé. Este evento terminaría con el dominio de los trolls del Mare Nostrum y permitiría que Úrim y Hiva empujaran a las fuerzas de Atai-Ambilla de regreso a Thule. Varios de los trolls sobrevivieron al incendio, al sol y al mar usando las tablas para refugiarse y hacer balsas improvisadas; entre ellos, los más astutos fueron Dayo y su hermano. La historia se perdió en el mar, pero se sabe que llegaron los dos a nado.” El orco inhaló, bebió de su cerveza y siguió. “Tal vez sean inventos de los marineros, porque hay quienes dicen que un tal Steelkilt los ayudó a salir del agua, pero, de cualquier modo, no cambia el hecho de que sobrevivieron y de que pronto reconstruyeron el Omeberé. Muchas de las personas que participaron en el hundimiento de la Flota Atai-Ájok aparecieron muertas en los ciclos siguientes, pues se dice que los trolls no olvidan ni una cara, ni un sonido, ni un olor.”

No sales hasta que se vaya ese barco maldito, ¿entendiste? — El viejo orco se levantó. — Mejor ponte a estudiar. Pronto tendrás edad para ir a la Academia, como tu hermano.
Sí, abuelo.
¡Alexei! ¡Llévate a este niño a su cuarto, y que se ponga a leer!
¡Claro, papá! — gritó Alex desde la cocina; desde que lo adoptaron, hacía ocho ciclos, siempre le decía padre. Pocos segundos después apareció para llevarse a Edward de la mano. — ¿Qué le hiciste al viejo?
Me metí a un barco.
Fue una estupidez.
¡Yo sólo quería jugar! — Los escalones aparecieron frente a ellos y empezaron a subir.
Y hacerle al pirata.
Sí, también.
Tu abuelo tiene razón. — le dijo Alex. — Pero antes de estudiar, tienes que quitarte esa ropa. Hueles a muerto.
Todo el barco olía así.
Mira, Ed, vamos a dejar de hablar del barco, ¿Si? Mejor vamos a ver mujeres.
¿Por qué te interesa más eso que el mar?

Alexei no contestó. Acompañó a Edward a su cuarto y se quedaron los dos estudiando; hasta donde recordaría muchos ciclos después, sería la última

vez que estudiaría tanto, tan arduamente, y aun así, con tan poca atención, con tantos sueños de hacerse al mar.

Capítulo 3

Luna 22, Ciclo 1867, Ashbury

En la ruta norte

Mugol le pidió que lo acompañara a traer ron desde Nantucket. El viaje había sido pesado y largo, y sólo iban ellos tres. El camino al puerto norteño solía ser aburrido, y más de una vez, Mug les ordenó que se callaran o les arrancaría las lenguas. Llevaban por lo menos un día preguntando si ya habían llegado, y aunque el viejo hizo lo posible por no ser grosero al principio, las risas y el sudor de aquel día lo tenían fastidiado. Y no era para menos. Los calores de la Estación del Fuego siguieron a una Estación de la Tierra agradable, y Edward aún recordaba con alivio el día en que el Omeberé dejó las costas de Ashbury; esperaba que el abuelo los llevara por barco a Nantucket, pero quizá por su aventura en el navío troll o tal vez por cuestión de dinero, se movían en una carreta un tanto destartalada; al menos llevaban aceite para las lámparas y adentro había suficiente espacio para llevar comida y las tiendas para acampar. Apenas la noche pasada había caído una tormenta inesperada. Edmund se había vuelto un poco más serio y se enojó casi tanto como Mugol cuando se dio cuenta de que todos los libros de la Academia que llevaba se habían empapado, pero él no podía ser más feliz. Estaban atascados a la mitad de la carretera, de malas y esperando a que se secara todo; el abuelo les dio permiso de irse a jugar un rato al campo, siempre y cuando volvieran antes de que anocheciera. Vieron una planicie al descubierto al oeste del bosque Wilcaster, una formación que abarcaba el centro de la isla Willowghsby, y se dirigieron ahí. Les quedaban al menos dos horas de luz.

Mientras podré hacer la comida sin tenerlos aquí como pulgas. Y ya que están, tráiganme algo de leña. La nuestra también se empapó toda.

Edward salió corriendo y detrás de él fue su hermano; mientras se alejaban, Ed alcanzó a escuchar la tos áspera del abuelo, una tos que traía desde hacía meses, pero como era la primera vez en mucho tiempo que jugaba con su hermano, no le prestó atención; después del castigo de Edward en la Estación del Agua, Edmund salió a jugar solo varias veces e hizo amigos con algunos de los niños del Alwhadi, un crucero que llegó poco antes de que el puerto se congelara por completo y luego, durante la Estación de la Tierra, se dedicó a los estudios de física y matemáticas que le exigía la Academia. Aunque no lo decía, Edward se sentía un tanto solo. El abuelo no había cambiado su trato, claro, pero era el abuelo, y él quería

ver qué hacía Edmund, seguirlo, incluso poder hablar con él de lo mismo. Saltó un par de charcos y luego una vieja barda de ladrillo. Desde que había iniciado sus cursos en la Academia, Edmund era otro. Le decía que cuando saliera de casa entendería, y ahora que iban camino a Nantucket no sentía entender más que antes. Llegó a las orillas del bosque Wilcaster y tomó una vara de haya. Los árboles crecían amontonados en el centro del bosque, pero en las orillas, donde se encontraba él, dejaban suficiente espacio entre ellos para que pudieran cruzar. Las hojas en el piso, vestigios del ciclo pasado, coloreaban la tierra de café, ámbar, rojos moteados de oro y verdes, y una tenue, casi etérea neblina emanaba de las entrañas de la arboleda.

El abuelo nos pidió leña.
Sí, lo sé. — Edward volteó a ver a su hermano, con la vara de haya todavía en la mano. — ¡Pero somos piratas!
Ahora no, Ed.
¿Por qué no?
Porque… soy malo.
¡Yo también! ¡Para eso practicamos!
No, Ed. Mira, mejor vamos a buscar montones de hojas. — Miró hacia el campamento y volvió a dirigirse a él. — A lo mejor encontramos madera seca.
¡Pero quiero jugar!
Bueno. — Edmund tomó una vara bastante más gruesa que la que tenía su hermano. — Vamos a jugar. Tú eres el pirata…
¡Barba Anillada!
Sí, bueno, y yo soy un Relicario.
¿Por qué no eres otro pirata?
¿Quieres hacer esto o no?
¡Sí!
De acuerdo. — Edmund se plantó tan bien como pudo. Para Edward estaba claro que no sabía tomar una espada; los orcos de Ashbury le habían enseñado hacía unos meses algunas cosas sobre espadas, y aun recordaba un poco sobre guaridas y la física de las armas. — Empezamos.

Edmund le lanzó un par de golpes de verticales que Ed pudo esquivar sin mucho problema. Estuvieron golpeando y esquivando un rato, pero Edward se dio cuenta de que los golpes de Edmund eran cada vez más rápidos, más violentos, y le dio miedo. Le bastó un segundo. Edmund le dio un golpe tan fuerte en la cara que la rama de haya le abrió la mejilla. Edmund sintió como si un martillo le hubiera golpeado el cráneo. El mundo zumbó a su alrededor. Su hermano se quedó de pie, lejos de él, como contemplando lo que había hecho, y sólo atinó a decirle te dije que fuéramos por leña. Se sintió humillado. Y, con todo, Edward tenía algo que Edmund no: habilidad con las manos. Sin que se diera cuenta, le robó

las tres monedas de plata que su abuelo le había dado hacía poco y las escondió dentro de sus botas. Cargaron los troncos en silencio, enojados el uno con el otro, y no se dirigieron la palabra el resto del día. Edmund le dijo a Mugol Gal'loth que su hermano se había rasguñado la cara y Ed intuyó que sería más fácil seguirle el juego.

Desde entonces, Edward supo que quería vengarse de él. Quería que todo cuanto hiciera le saliera mal, y si tenía que romperle los libros de la Academia lo haría. La noche cayó poco después, mientras Edmund echaba más leña a la fogata y el abuelo les daba algo de filete de ballena. Edward miró hacia las estrellas, que estaban más cerca de él que su hermano.

Capítulo 4

Durante el mes de Saturno, Ciclo 1867

Ashbury

El doctor llegó tarde, se fue temprano, y el abuelo Mugol Gal'loth no mejoró. Les dijeron que era tisis, que debían agradecer que no se les había pegado; que quizá la pobre alimentación o la edad del viejo habían contribuido a acelerar su muerte y un montón de basura más. Edmund y él estuvieron sentados afuera de su cuarto mucho rato después de que murió, sin decir palabra, sin saber a dónde irían o si lo poco que les tocaba de la herencia del Solomon Doone les alcanzaría para algo. Lloraron mucho y en silencio y Edward se dio cuenta de que la muerte de su abuelo había hecho más bien nada para suturar la grieta que surgió entre ellos. Alexei se había hecho cargo ya de sacar el cuerpo del orco que había dedicado vida y alma a sus nietos.

La primera semana pasó envuelta en pesadillas, y Edward temía el día y la noche por igual, porque el primero le recordaba la ausencia de Mug, y la segunda lo hacía soñar con él, sólo para despertar a un vacío que no se llenaba ni con los cánticos de los borrachos, ni con el sonido de las olas del mar. Siempre creyó que estaría con ellos, que no sería uno más de los que se irían de blanco en los barcos para no volver, pero ahora estaba claro que el abuelo Mug, como todos los demás, podía morir. Una semana después llegaron los amigos del abuelo más bien a juzgar la vida que llevaba; más de una vez, los sorprendió diciendo cosas como "pocilga" o "basurero", y alejándose espantados de la Solomon Doone. Todo el día estuvieron llegando y yéndose las personas, como que habían llegado todos juntos desde Nantucket y otros desde Cogmire. Quedaron, al final, Olokis Kataléion, un gnomo viejo y gordo que venía de Mekanikéia y que corrió con muy mala suerte en su tierra natal. La otra, Lady Stella Ravenproud. Alexei, que era el único que podía considerarse de edad suficiente para hacer negocios, terminó malbaratando la taberna y repartió el dinero entre los tres; él, decidió, y agradecería durante ciclos haberlo hecho así, guardar el papel que valía un centenar de monedas de oro entre la ropa que le había acomodado Alexei en un baúl. Después de eso, no supo cómo ni por qué, terminaron llevándolos a él y a su hermano ante Lady Stella.

La mujer, una londinense de muchísimo dinero, había llegado a Cogmire hacía unos meses y ya antes se había paseado en el Solomon Doone. Tanto Edmund como él habían dicho que era muy bonita, y que quizá se pareciera a su madre. De ojos negros y cabello lacio, piel tan blanca que parecía sacada de entre las hojas de algún libro, utilizaba joyería con motivos de máquinas y engranes, un corsé de cuero y un vestido azul celeste que hacía juego con sus ojos. Su abuelo decía que todo en ella olía a elegancia, y Edward no pudo dejar de notar que un aroma a lavanda la seguía a donde fuera. Cuando se enteró de que ambos niños habían quedado huérfanos, les dijo que podía llevarse a uno de ellos, aunque Edward vio muy pronto que prefería a Edmund, y aunque al principio no sabía por qué, pronto fue bastante claro: Edmund no parecía un orco, y una mujer como ella no podía ser vista en Oxford con un medio orco como él, tan duro de cara que parecía sacado de un taller de maquinaria enana a medio funcionar. Le dijo que la cicatriz de la mejilla derecha lo hacía "especialmente feo". Hablaron mucho y le dijeron poco, pero entre las cosas que escuchó fue que querían preparar a su hermano para capitanear una nave de nombre Leviatán que usarían los Relicarios de Hiva. A Edmund, quien jamás se había asomado siquiera a las costas, lo iban a hacer capitán de un barco, y a él lo dejaban sin casa y sin familia.

Alexei partió sin mucha ceremonia a Cogmire y Lady Stella Ravenproud terminó firmando los papeles de adopción para Edmund, que a partir de entonces sería conocido como Edmund Ravenproud y viviría en Nantucket; su nuevo apellido le valió para no tener que mirar al hermano y a la taberna que dejaba atrás. Y él, Edward Gal'loth, hijo bastardo de no sabía quién, se quedó con las tres monedas de plata que le había robado a su hermano, un par de libros, el baúl que el imbécil de Kataléion arrojó junto a sus tres camisas, dos pantalones, un cheque que valía más que su vida, sus sueños de irse algún día al mar y nada más.

Capítulo 5

4. Conciencia

Neptuno 2, Ciclo 1868, Ashbury

En el camino de salida de la ciudad

Le dolía la cabeza desde que despertó, algo que le atribuía a los sueños que tuvo sobre su abuelo la noche pasada. Después de quedar en la calle y vagar sin rumbo por días, —el gnomo no lo quería cerca del Solomon Doone, y ni Alexei ni Edmund preguntaron por él— y a pesar de su corta edad, Ed supo que el dinero que tenía no le duraría para siempre. El abuelo había sido muy claro: el dinero se acaba. Y si no tenía entonces una conciencia clara de lo que quería decir con eso, se le quedó muy grabado lo poco que pudo comprar con una moneda de plata: apenas una comida decente, con muchas papas y mucha cebolla y nada más. Tenía un baúl que lo hacía ir más lento, y decidió enterrarlo al noroeste de Ashbury, justo donde Edmund le dejó claro que no quería que lo siguiera hacía ya unos meses. Regresó a su pueblo natal y decidió aprovechar lo que quedaba de la Estación del Agua para husmear entre los barcos y la gente que llegaba de todas partes de Úrim al puerto. Los hielos glaciales endurecían el mar alrededor de la Isla Willowghsby y eso quería decir que no podrían salir en semanas.

El primer intento de robarle a un orco salió mal, pésimamente. Lo siguió durante el día por el mercado y, cuando se detuvo a comprarle telas a uno de los marineros, Edward estiró la mano e intentó quitarle el monedero, pero en lugar de zafarse, terminó dándole un tirón. Éste dio media vuelta, lo tomó por el cuello, le quitó los monederos que había robado ese día, lo arrojó al suelo y le dio un puntapié. Al menos, pensó, no le dijo a la policía. Había escuchado rumores de la cárcel de Cogmire de los marineros que iban al Solomon Doone, y muchos de ellos aseguraban que los Relicarios eran especialmente duros con los niños; creían que un castigo severo espantaría sus ganas de delinquir.

Pero Edward entendió pronto que a los Relicarios les daba más o menos igual si los presos se reformaban o no, y que para ellos era sólo cuestión de números y de no fastidiar a los Académicos; luego sabría que

ambas facciones tenían una relación más bien ácida. Pero como a un niño, la política y los negocios no le interesaban; lo que quería era comer y aprender a robar bien. Durante el día dormía para no sentir el hambre y pensar lo menos posible en su familia perdida, despertaba en las tardes para revolver la basura de las posadas de Ashbury y en las noches practicaba, hora tras hora, sus habilidades con las manos, mientras avanzaba constantemente hacia el norte. Cuando se acercaba el amanecer, leía el único libro que le quedó, un manual de las estrellas y las constelaciones de Úrim que su abuelo le había regalado cuando cumplió nueve ciclos de edad, y cuando el sol lanzaba sus primeros rayos al mundo, buscaba algún rincón olvidado de la ciudad para esconderse y comer el resto de las cosas que había encontrado la tarde anterior. Con el paso de las semanas se hizo más ágil, le era más fácil escabullirse, y pronto estuvo intentando robar otra vez. Una tarde, poco antes de que iniciara su rutina para procurarse comida, se acercó a una taberna y escuchó algo. Con el paso del tiempo, no recordaría exactamente la conversación, pero una frase que se dijo esa noche le llegaría al alma. Unos marineros, de los tantos que se quedaron atorados en Ashbury ese ciclo, reían y platicaban sobre un pobre diablo al que los Relicarios habían acribillado hacía un par de días, y uno de los sujetos le dijo a otro "no cagas donde comes, hijo", y él tomó el consejo como si se lo hubieran dirigido a él. Esa noche, cuando todos dormían, decidió que sus habilidades de carterista habían mejorado lo suficiente y decidió practicar la apertura de candados y protecciones. No le importaba cuántas veces fallara, lo único que necesitaba era cuidarse de las patrullas, y había mejorado mucho desde que aquel orco lo pateó en los callejones del mercado. Escuchó a un par de sujetos hablando, y por el sonido del metal que llevaban encima supuso que serían pregoneros u oficiales, que seguramente tendrían un par de cosas que decirle a un mocoso que vivía entre la mugre y la basura, y decidió que no quería escucharlos. Dejó su libro en el suelo, envolvió su cena en una servilleta, la dejó sobre un contenedor de basura y se escondió en una de las azoteas hasta que los vio pasar, quinqué en mano, riéndose y bebiendo. Mientras pasaban, se imaginó que eran parte de los clientes del Solomon Doone y se acordó de su cama, su cama lo llevó a su cuarto y su cuarto a su abuelo, y pensó que, si siguiera vivo, él no sería tan miserable; que tendría un lugar al que llamarle casa, y a lo mejor hasta Edmund estaría con él, aunque fuera de lejos.

Mientras estaba encaramado ahí, en el techo de un edificio que no volvería a ver nunca, considerando abandonar todo lo que jamás había conocido y todos los sueños que tuvo de salir a domar las olas del Gran Mar Océano, Edward se compadeció de sí mismo, de lo solo que estaba, los intestinos le gritaron que todo era culpa de Edmund y lloró.